



PROCESOS POLÍTICOS DE AMÉRICA LATINA
UNA LECTURA CRÍTICA DEL
NEOLIBERALISMO

Daniel Vázquez • Julio Aibar

COORDINADORES



FLACSO
MÉXICO

Índice

Introducción	
<i>Daniel Vázquez y Julio Aibar</i>	7
Capítulo 1. La formación del orden hegemónico.	
Límites y aperturas del neoliberalismo en Perú y México	
<i>Jorge Luis Duárez Mendoza y Fernando Munguía Galeana</i>	21
Capítulo 2. El problema del narcotráfico y las formas de ejercer el Estado en México	
<i>Adrián Velázquez</i>	67
Capítulo 3. Discurso chacarero y disputas hegemónicas en la pampa argentina	
<i>Agostina Costantino</i>	97
Capítulo 4. El conflicto popular de Oaxaca en 2006.	
Revolta y comunidad	
<i>Guillermo Pereyra</i>	123
Capítulo 5. El poder empresarial en Argentina: la negociación de la deuda	
<i>Daniel Vázquez y Francisco Cantamutto</i>	157
Capítulo 6. Los linchamientos en México: una tipología posible	
<i>Leandro Gamallo</i>	199

Capítulo 7. La experiencia democrática en el México contemporáneo: variaciones conceptuales y límites de sentido	
<i>Javier Contreras Alcántara</i>	235
Capítulo 8. Populismo y organicismo: ¿un encuentro natural?	
<i>Julio Aibar y Paula Valle de Bethencourt</i>	261

Introducción

Daniel Vázquez y Julio Aibar

Este volumen es producto del trabajo realizado en el seminario de investigación “Procesos políticos contemporáneos de América Latina” de la Flacso México. En ese marco, cada uno de los capítulos que lo componen fue exhaustivamente comentado y debatido. Se trata de una obra que, si bien reúne textos en los que los autores presentan miradas e inquietudes particulares, es también un trabajo colectivo.

Mientras el aspecto particular se manifiesta en la diversidad de temas que se tratan y en las diferentes perspectivas desde las que se analizan, el interés colectivo se expresa en el reconocimiento del contexto de producción de los documentos —sobre todo en la ponderación de sus principales rasgos—, así como en la posición crítica que asumimos frente al fenómeno político, social y económico denominado neoliberalismo.

Asumir y anunciar desde un inicio nuestra posición crítica respecto al neoliberalismo no busca establecer una empatía inmediata con otros lectores críticos. Con ello queremos dar cuenta de nuestro lugar de enunciación y de una apuesta política específica que, en lugar de eximirnos de buscar y dar explicaciones, nos exige preguntarnos sin rodeos y más sistemáticamente a qué y por qué nos oponemos. Preguntarnos qué es el neoliberalismo nos permite, por un lado, volver sobre algo que conocemos, pero sólo parcialmente y, por el otro, distanciarnos de los dogmatismos que han hecho de ese término el sinónimo de todos los padecimientos, independientemente de la época y el lugar, o, por el contrario, una nueva versión del paraíso.

Comprender mejor el neoliberalismo no sólo nos ayudará a dar cuenta más sólidamente de una conformación política e ideológica, también

—y ése es quizá el interés central de los autores aquí reunidos— nos ayudará a reconocer mejor los problemas de nuestra región. Esto es así porque, en primer lugar, muchos de esos problemas fueron causados por el neoliberalismo, pero también porque en éste se expresan, sintonizan o procesan —de un modo no correcto según nuestra apreciación— otros problemas. Creemos que muchas veces la crítica al neoliberalismo abusa en imputarle problemas de otro orden y época. Por ende, ni los ensalzadores ni los críticos del neoliberalismo han ayudado demasiado a conocerlo.

Buena parte de las debilidades, tanto de las lecturas críticas como de las halagadoras, se debe a cómo caracterizan y conciben el neoliberalismo. Curiosamente, cuando estas caracterizaciones y concepciones se enlazan con ciertos efectos que se le atribuyen, conducen frecuentemente a una verdadera paradoja. Por un lado, reducen el fenómeno aludido a una de sus posibles dimensiones (sobre todo la económica); por el otro, le atribuyen una capacidad inconmensurable tanto para impactar como para configurar el conjunto de la vida social y política. Ello da cuenta de que ambas lecturas comparten el supuesto de que la sociedad y la política están absolutamente pautadas por la economía.

Los autores de este volumen pensamos que, efectivamente, el neoliberalismo produjo un fuerte impacto en nuestros países a nivel económico, en la organización estatal y social, y en los modos en que se configuró la democracia. En suma, el neoliberalismo impregnó de tal modo cada una de las capas y ámbitos de la vida social y política en la región que, como ya se dijo, sus alcances y consecuencias son todavía desconocidos. Pero pensamos también que ese impacto fue posible no porque se tratara sólo de un plan o modelo económico, sino de una política integral de configuración de un nuevo orden social. Se trata de un conjunto complejo y cambiante de ideas y prácticas que, además, contiene una cosmovisión en la que se inscribe una concepción de las personas como individuos racionales autointeresados, de un Estado cuyo cometido central —casi excluyente— es garantizar el funcionamiento del libre mercado; que circunscribe a la política las instituciones liberales, reservándoles el destino único de agregar intereses y que define a la democracia como un conjunto de procedimientos destinados a seleccionar a la élite gobernante.

Aunque compartimos con otras lecturas críticas que el neoliberalismo —en la aplicación de sus políticas— requirió y requiere de un

fuerte despliegue represivo —cabe recordar al respecto que el gobierno de Pinochet en Chile fue uno de los primeros en aplicar medidas de ese corte—, creemos también que ha intentado desarrollar estrategias de consenso con un distinto grado de éxito en cada país. No se explicaría de otro modo la aceptación de la que aún goza en amplios sectores sociales y políticos en el mundo. Desconocer esta característica puede conducir al engaño. Tampoco debe soslayarse que, aunque aplicó “remedios” que resultaron peores que la enfermedad, el neoliberalismo se nutrió, sintomatizó, expresó y, en algunos casos, procesó problemas crónicos de la región: de articulación Estado-sociedad, de inoperatividad estatal, de retraso tecnológico, de modernización y de representación política, entre otros. Ésa fue la tierra fértil de la que se sustentó su prédica, por ello, pese al rechazo que nos puede provocar, debe llevarnos a retomar y a darle otro sentido a sus principales promesas incumplidas.

Uno de los aspectos principales para hacer de esta obra un trabajo colectivo fue acordar y compartir una caracterización del contexto de producción. Casi un sinsentido si se advierte que ese contexto está absolutamente dado, ya que es ajeno a la evaluación que de aquél se puede hacer. Sin embargo, en nuestro grupo de investigación consideramos que esto no es así, pues el *con-texto* (entendido como las disposiciones estructurales, pero también como el marco significativo que no sólo propicia y dificulta ciertas prácticas y no otras, sino que además ofrece un conjunto de referencias para la observación y evaluación de éstas) es, al menos parcialmente, una construcción que los diferentes actores participantes de la vida social y política hacen del neoliberalismo. Ello no implica postular que esos actores manipularían o acomodarían la realidad a su antojo; lo que se quiere decir es que las significaciones atribuidas a la vida política y social —en tanto interpretaciones, reconocimiento de antecedentes, establecimiento de causalidades, delimitación de responsabilidades, etc.— son productos y productoras de esa vida social y política. Éstas configuran, por ejemplo, los límites de lo que se pensaría, creería y esperararía, y así recursivamente establecen las pautas de qué se valora, jerarquiza y pondera.

Así entendidas, se convierten en guías para la acción. Esto es muy claro, por ejemplo, en situaciones en que aun cuando se comparte una cierta descripción de hechos y resultados, diferentes actores políticos o académicos imputan causalidades opuestas a esos hechos. Así, para muchos

analistas, el sensible incremento de la pobreza extrema que experimentó México en los últimos años es producto de la aplicación de las llamadas “recetas” neoliberales; para otros, en cambio, la causa y explicación de ese incremento se encuentra en la falta de profundidad de tales medidas. Conviene recordar que la lucha política y el debate académico comienzan por intentar definir el contexto, una descripción aceptada de la realidad.

Ahora bien, ¿cuál es la idea compartida de contexto? Básicamente pensamos que vivimos un momento histórico-político particular en que el llamado neoliberalismo, tanto en sus premisas como en sus modalidades y resultados, es seriamente cuestionado. Pese a que el momento actual es parte de un proceso abierto, cuya manifestación es diversa con alcances que todavía desconocemos, creemos que su rasgo característico es que el neoliberalismo, configurado como *discurso único* en los años noventa, ha dejado de serlo. Esto implica que su capacidad para pautar el conjunto de la práctica política y social se ve profunda, pero también desigualmente deteriorada. Queremos decir con esto que ya no son algunas voces aisladas las que plantean su desacuerdo y que éste ya no es propiedad exclusiva de la izquierda ortodoxa; la diferencia sustantiva respecto de los años noventa es que el neoliberalismo se enfrenta a corrientes, grupos, movimientos y partidos, con amplia fuerza interpelatoria e importante capacidad de contestación y rechazo, que, en algunos casos, aunque cuestionemos sus alcances, han llegado incluso a fundar gobiernos cuya legitimidad e identidad se configuró en ese rechazo.

No es una obviedad reconocer el deterioro del neoliberalismo, pues ese reconocimiento se enfrenta al menos a dos contraargumentos: uno proveniente de la izquierda ortodoxa, la cual considera que los gobiernos autonombrados alternativos mantienen la esencia neoliberal; el otro, de la propia derecha neoliberal, que si bien considera que esos gobiernos son un verdadero retroceso, pronostican su inminente fracaso y su carácter pasajero. Consecuentemente, mientras para la primera el neoliberalismo no está siendo realmente desplazado, sino que atraviesa por un periodo de cambio de fachada; para la segunda, su debilidad es parcial y pasajera, ya que en realidad no hay ninguna alternativa viable a ese modelo.

En este proceso, algunos capítulos de este volumen dan cuenta de la conformación del neoliberalismo como un discurso único y, en ciertos casos, con la intención de conformar un discurso hegemónico. En su ex-

posición, Julio Aibar y Paula Valle de Bethencourt señalan que la caracterización ofrecida por el historiador Loris Zanatta sobre el peronismo, como una expresión política organicista, no es sólo históricamente desahortada, sino que se cimienta en características que definen al discurso único: la de delimitar el campo de lo posible y aceptable, a partir de sus principios y, consecuentemente, la de no reconocer legitimidad alguna a fenómenos que no fundan su práctica en esas mismas premisas. También es propio del discurso único reducir fenómenos complejos a uno de sus posibles rasgos, expresiones o manifestaciones concretas. Esto es, según los autores, lo que hace Zanatta al confundir el fenómeno de la individuación con el de la individualización (una de las posibles expresiones ideológicas de la primera), para después atribuir al liberalismo político las características centrales de la modernidad. A partir de ahí, consecuentemente, toda expresión política no liberal es para Zanatta no moderna, cuando no directamente antimoderna.

Al igual que Aibar y Valle, Jorge Luis Duárez Mendoza y Fernando Munguía Galeana describen los procesos mediante los cuales el neoliberalismo se erigió, desde fines de los noventa, como discurso único en Perú y México, hasta dar sus primeras muestras de deterioro en la segunda mitad de la década pasada. Como señalan estos autores, el otrora modo dominante de percibir, pensar y actuar, se empieza a enfrentar con contestaciones creíbles. En el caso mexicano, en el periodo abierto por Carlos Salinas de Gortari, y en el de Perú, por el gobierno de Alberto Fujimori, se habría construido una primacía tal del neoliberalismo que, dadas sus características, se asemeja a lo que Gramsci y Laclau, entre otros, conceptualizaran como hegemonía. Aclaran además que, pese a la pérdida sustantiva de credibilidad por la que atraviesa el neoliberalismo, no estamos ante su caída libre. El actual es un proceso complejo, con avances y retrocesos, cuyas difusas manifestaciones son, en el caso de Perú, el triunfo de Humala que, independientemente de lo que hiciera en el gobierno, representó a sectores que cuestionaban seriamente al modelo. Y, en el de México, el deterioro estaría representado por la conformación de un nuevo centro político sobre la base del cuestionamiento a las prácticas autoritarias que siguen dando sustento al neoliberalismo.

En algunos capítulos, los autores caracterizan el deterioro del dominio neoliberal con el término "crisis". Los coordinadores preferimos no plantear la cuestión en esos términos en esta introducción por varias